

Hago pompas con saliva



ANA ELENA PENA

HAGO POMPAS CON SALIVA

UHF

© Ana Elena Martínez Ciller, 2011

<http://www.myspace.com.anaelenapena>

<http://anaelenapena.blogspot.com>

anaelenapena@gmail.com

© Editorial Melusina, S.L.

www.melusina.com

Ilustraciones de cubierta e interior: Ana Elena Pena

Diseño y maquetación: Carolina Hernández Terrazas

Primera edición, 2011

Reservados todos los derechos

ISBN: 978-84-96614-93-2

Impresión: Romanyà Valls, S.A.

Depósito legal: B.710-2011

Impreso en España

CONTENIDO

Prólogo de Jordi Costa 11

Introducción 15

SEXO, DESVELOS, POESÍA, Y OTROS DESVARÍOS NOCTURNOS

Te invito una mamada	21
Protejamos la flora salvaje	23
Su polla	25
Game over	27
Nana	29
Salchichitas	31
In dreams	33
Domesticable	34
Los amantes	36
Andar descalza	41
Nostalgia	43
El orden de las cosas	45
Mamadas de autora	48
Pastillas para no dormir	51

Come y calla 54
Monstruos en el sótano 56
Onlythelovely 59
Certezas 62
Ojalá que te follen bonito 64
Ansiedad 66

COSAS DE CHICAS: VAGINAS Y OTRAS HERIDAS

La mujer burbuja 73
Hormigas 76
Anecdótico menstrual: la madre 79
Tres capas de rímel 83
Caperucita roja 85
Sufro luego existo 88
Matriushkas 92
El regalo 96
El asombroso caso de la mujer que hacía un terrible
esfuerzo por contener las lágrimas 98
La chica que se metía peces por el coño 100
Pinta y colorea, la frígida 103
Un cuento infantil: mermelada de fresa 105
La mujer araña 109
La autómata 111
La niña bonita 114

TRABAJOS DE AMOR PERDIDOS (Y ALGUNAS BATALLAS GANADAS)

Le conociste en un bar 121
Los amores (im)perfectos 123

Thewinnertakesitall	125
La caja de galletas	128
Dientes de leche	129
No me quieres	131
Cosas que nunca te dije	133
Desencuentros	135
Loveanddrugs	137
Cuando te cortaba el pelo	139
Amor y vísceras	141
Los maridos que nunca tuvimos	147
La embriaguez	149
Me pones enferma	152
Quiero a mi chica	154
Esto no es una carta de amor (al uso)	156
¿Sabes una cosa?	159
Sigue buscando, hay miles de premios	161
El desencanto	162
Recuerda mi nombre	163
Morbidez	165
Nunca me han besado	167

Epílogo	169
Agradecimientos	173



*Para los que durmieron, duermen y dormirán conmigo,
ayudándome a luchar contra los monstruos.*



LOS MILAGROS DE ANA ELENA

Cuando conocí a Ana Elena Pena, ella andaba en el proceso de querer ser santa. O algo parecido. Una santa que sangra. Con la mirada de la santa Teresa de Bernini y el cuerpo decorado de estigmas. Una santa que, por aquel entonces, era, en realidad, la princesita prisionera en los calabozos de un ogro. Ahora veo a Ana Elena Pena como el cuerpo, voluptuoso e incorrupto, de una virgen, una virgen que ha recorrido, por decirlo de algún modo, un largo y sinuoso camino para llegar a serlo. El cuerpo de una virgen protegido por una legión de soldados místicos y gays. Entre uno y otro momento —la santa vocacional y la virgen hecha a sí misma—, el cuerpo de Ana Elena Pena ha sido algo así como un cuerpo-médium: el espacio carnal que canaliza todos los arquetipos femeninos que en el mundo (en la Historia de la Cultura, en definitiva) han sido, de la lolita viciosa a la dómina postsexual, pasando por la mujer araña, la vagina dentada o el postcuerpo de la muñeca hinchable.

Es importante subrayar algo: el cuerpo de Ana Elena Pena no es un objeto de seducción, sino un campo de batalla, el espacio en el que la artista libra un permanente pulso consigo

misma y con el deseo inflamado en la mirada del Otro. Pero, bueno, no querría hablar mucho más sobre el cuerpo de Ana Elena Pena, porque lo importante es hablar de otra cosa, que, creo, es el verdadero tema de este libro: su inteligencia, su creatividad y, sobre todo, su verdad. También su condición de anomalía en un paisaje que parece haber desarticulado la transgresión primigenia del exhibicionismo, convirtiéndolo en moneda de cambio para la era de una inmadurez ególatra. Ana Elena Pena no se parece en nada a las chicas que juegan, premeditadamente o no, a ser *anaelenapenas*: para conquistar el lugar de Ana Elena Pena no basta con mentar a Bataille, sino que es preciso haberlo leído, entendido e interiorizado como ella ha hecho a través de un discurso que se desprende, de modo natural, de toda retórica. El cuerpo de Ana Elena Pena sangra por sus estigmas, pero su cabeza gira en el torbellino de un éxtasis Bataille, mientras su corazón llora la muerte de la madre de Bambi.

Entre la Ana Elena que conocí en su día y la que hoy se eterniza en su particular Fortaleza de la Soledad, me gustaría recordar a otra Ana Elena: la que quedó una vez fatal durante un debate en el que compartía espacio y opinión con, entre otros contertulios, dos embriones de lo que solemos entender como la Mujer Triunfadora. Ese día, Ana Elena dijo algo —que no repetiré— que no salió de ahí, que (de hecho) ni siquiera llegó a los oídos de la audiencia. Fue interesante comprobar lo poco que tardó uno de los embriones de Mujer Triunfadora en erigirse en pelotón de linchamiento de un solo miembro. Se abrió ahí el posible argumento para unas Vidas Paralelas: a día de hoy, el embrión ya es Mujer Triunfadora y las cosas le van fenomenal, pero Ana Elena, desde el territorio privilegiado del autoexilio en los suburbios de la marginalidad (de la libertad, en definitiva)


publica este libro, que, en buena medida, es una prolongación de lo que sucedió ese día. He escrito que Ana Elena quedó fatal... según sancionaban las convenciones sociales en ese momento y lugar. Es decir, que, en realidad, quedó muy bien, porque tuvo el único gesto posible, el único gesto decente en ese momento y lugar: una impugnación de la intocabilidad de ciertos poderes, un acto reflejo cargado de pureza, inocencia y, sobre todo, sinceridad. Esa sinceridad que, precisamente, es el signo diferencial que explica por qué la Mujer Triunfadora está donde está y por qué Ana Elena publica un libro como este, que es una impugnación de tantas cosas, pero, sobre todo, es el testimonio irrefutable de que, en un lugar inalcanzable para muchos, aguarda una nueva forma de santidad: una pureza que no tiene nada que ver con la inocencia original, angélica (¿boba?), sino con el estado de trascendencia que se oculta al final del camino; la recompensa de una conquista épica. Un lugar al que sólo se puede acceder por el camino de eso que sólo la pobreza de espíritu percibe como obscenidad.

Jordi Costa





INTRODUCCIÓN

Sólo he visto a dos clases de personas hacer pompas con saliva, a los locos y a las actrices porno (entremezclada con el semen). Pero también a los niños pequeños, en su fase oral, cuando la boca es una fuente infinita de placer y conocimiento. *Hago pompas con saliva* es un compendio de imágenes, relatos e ilustraciones en los que convergen esos tres mundos y se entremezclan formando un espumoso batido de inocencia interrumpida, sexo con sabor a helado, puñaladas certeras y jardines de infancia para niños grandes donde practicar un ejercicio de equilibrio emocional continuo... Desgarro y ternura, ultraviolencia y súper-amor, una batalla ganada a la mediocridad sentimental, una búsqueda incesante desarrollando chicles de fresa, uno tras otro («sigue buscando», «sigue buscando», «sigue buscando... hay miles de premios») donde al final el premio no es otro sino la satisfacción del camino recorrido, un paseo durante el cual nos aliamos con los lobos, compartimos los secretos de las brujas, descubrimos las propiedades milagrosas de las plantas gigantes y nos rescatamos a nosotros mismos.



Un burbujeante cocktail de lágrimas y sangre donde la tragedia se bebe en pequeños sorbos, en su punto justo de azúcar y licor, para hacerlo más digerible e incluso delicioso. En esta borrachera de nostalgia ya no hay lugar para la resaca y las náuseas, sino para la celebración y el delirio, para el reencuentro y el desencuentro.

Bailes de máscaras, almuerzos desnudos en bosques de hadas donde la magia permanece intacta mientras en el mundo real nuestros deseos, ilusiones, belleza y juventud se desvanecen. Para regresar al verdadero paraíso infantil de caricias y besos donde todo huele a vainilla, para emborracharnos de sexo y revolcarnos en la locura, muertos de la risa por toda la eternidad, no es necesario vender nuestra alma al diablo, tan sólo hay que hacer... pompas con saliva.



SEXO, DESVELOS, POESÍA
Y OTROS DESVARÍOS
NOCTURNOS





*Dicen que vivo
en un mundo irreal
de fantasía y quimera
que digan lo que quieran
yo vivo a mi manera
me considero un ser muy normal.
Vainica Doble*



Te invito una mamada

Me ha resultado fácil olvidarte. Realmente fácil. Tan fácil como apurar el último sorbo de esa limonada que empezaba a resultarme empalagosa.

C'est fini.

Ha sido tan fácil como escupir una espina de pescado clavada en mi garganta entre tos y sangre, tan fácil como sacar un conejo blanco de una chistera...

Quizá pienses que, si es así, seguramente aún te quiera, pero desconoces que soy una perra masoquista que sabe trucos de magia.

No hay nadie bajo mis sábanas, y así es mejor. Prefiero jugar sola al escondite entre ellas, de modo que nadie me encuentre, de modo que nadie me asuste poniendo un gesto ridículo.

De modo que nadie me pregunte por qué lloro, por qué quiero más, por qué quiero o no quiero.

No quiero nada. Tampoco poesía escarchada de azúcar y que en el fondo no dice nada. No dices nada. No me dices nada. Detesto las palabras cursis, casi nunca son sinceras. Aunque yo tampoco lo fui, y deberías estarme eternamente agradecido por ello.

Pero voy a serlo un poquito ahora... ¿Sabes? tampoco me supo tan mal ese último trago, en serio, quizá un poco amargo, pero en eso consiste el amor: en apurar sorbetes, uno detrás de otro.

Bocas, lenguas, líquidos pringosos de regusto agridulce, pajas y leche.
Pornografía de una tarde de verano.

Al final de cada uno, siempre se te queda cara de gilipollas.

Te invito a un helado, y a una mamada. Total, viene a ser lo mismo, y en el último trago, nos vamos.

Su polla


Tenía una enorme polla. De manera que no se preocupaba absolutamente por nada.

Podías verle sentado en un bar, rodeado de gente que reía sin parar, y él permanecía callado, absorto, con una sonrisita gilipollas que, sin embargo, le hacía parecer el rey del mundo. No era una persona brillante, en absoluto, no era chistoso, no era alto ni imponente, y ni siquiera era especialmente guapo. Pero tenía un rabo descomunal y era consciente de ello.

¿Qué otra cosa podría darle más confianza en sí mismo?

Observaba con condescendencia a sus amigos, que intentaban atraer la atención de las féminas con disparatadas ocurrencias y profundas o estimulantes conversaciones, presumiendo de dinero, de coche, de casa, de trabajo, de porte, de simpatía o de principios morales.

Les compadecía.



Les sabía preocupados por vestir esto y lo otro, por curtirse en el gimnasio para lucir un cuerpo esplendoroso y fuerte, obsesionados por resultar inteligentes, ingeniosos, comprensivos, empeñados en conseguir cierto estatus social para llevarse las mujeres a la cama...Y todas estas penosas artimañas le hacían reír maléficamente por dentro.

Bien, él no era especial de ningún modo, ni se esforzaba por parecerlo. Pero tenía el andar, el mirar y el sonreír de un triunfador, y esto le confería un encanto irresistible.

Tenía una gran y hermosa polla. Y todos lo sabían.



Monstruos en el sótano

La última vez que enseñé a alguien los monstruos de mi sótano, me entregué al sueño sollozante y borracha. Con ese llanto hiposo y entrecortado de niña de tres años que todavía se mete el dedo en la boca. A la mañana siguiente, me trajo un vaso de agua y se metió en la ducha durante (lo que me parecieron) horas.

El ruido del agua me impidió seguir durmiendo. La almohada estaba manchada de rímel negro, y toda yo estaba empapada por el infortunio. Callada hubiera estado más guapa, seguro.

En ese momento me hubiera largado de allí sin hacer ruido, como un gatito que ha arañado los sillones y teme represalias. Desafortunadamente, el ser humano no puede comunicarse telepáticamente, y una puede interpretar el silencio de múltiples maneras. Yo por si acaso me pongo en lo peor.

Te pueden pasar varias cosas cuando descubres a alguien los monstruos que guardas en el sótano. La mayoría de las veces

reina un incómodo silencio, la empatía puede dar lugar al abrazo, a la lástima, incluso a la ira o a la vergüenza.

El abismo te devuelve la mirada...

Con el tiempo pueden tener lugar los reproches, pero nadie puede reprocharte cargar con un engendro de por vida que tú no has elegido. La naturaleza es caprichosa e injusta, la vida también. A las personas hay que quererlas tal y como son, con sus luces y sus sombras, con sus monstruos, con sus cicatrices de guerra, con sus manías y sus miedos.

Eso si eliges querer.

De todos modos, el sentimiento de culpa ya lo tienes clavado en el pecho, como una medalla al deshonor. Sabes que aunque cierres la puerta con siete llaves, ellos siguen allí, y la gente es curiosa, y pregunta cuando escucha ruidos... Tarde o temprano los descubrirían, por tanto, es mejor que tú mismo les guíes despacito, para que no se asusten. Ya te han visto desnuda, ahora tienes que desvelarles aquello que guardas con mayor pudor, mostrarles el siniestro habitáculo donde se retuercen gimiendo tus criaturas.

Puede suceder que se enamoren de ti para siempre y de una manera loca. Entonces él, o ella, se llevan sus propios monstruitos a tu sótano, para que jueguen juntos y se olviden de molestar. En principio la mudanza parece una buena idea, pero puede que un día descubráis que no podéis dormir con tanto escándalo allí abajo...

Lo que un día os unió, otro día puede separaros. No lo olvidéis jamás. Los monstruos son impredecibles, pueden escapar tirando la puerta abajo, colarse por cualquier rendija y saltar sobre ti en cualquier momento. Nunca se está a salvo.

Pero no me importa lo más mínimo, porque además de un sótano lleno de monstruos, tengo una bonita terraza, amplia y luminosa, con piscina, donde siempre hace sol cuando es de día, donde siempre es verano, donde siempre es domingo, y donde podemos tomar un daiquiri tras otro esperando la noche.

Para entrar a vivir.